

L E N A M I C H E L L

*La línea
del
corazón*

· LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL ·



PRÓLOGO

© Editorial Vestales, 2013

Dirección editorial: M^a Mercedes Pérez

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Michell, Lena
La línea del corazón, 1.^a ed., Buenos Aires: Vestales, 2013.
384 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-36-7

1. Narrativa sueca. 2. Novelas de suspenso. I. Título
CDD 839.73

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2013 en Gráfica Laf srl, Montegudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

ISBN 978-987-1405-36-7

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Mount Paradise, Virginia, junio de 1826.

—¿**N**O ESTARÁS HABLANDO EN SERIO?
No he hablado más en serio en mi vida —tronó la voz de Morgan Hamilton. Esta ha sido tu última barrabasada jovencita.

Olivia Hamilton, una menuda muchacha inquieta, se dejó caer en forma desmañada en una butaca de la biblioteca y miró directamente a su progenitor con un brillo de fiereza en los rasgados ojos de color verde jade. Aunque se encontraba vestida de acuerdo a lo que marcaba la corrección, el oscuro cabello aún estaba húmedo y Morgan la miró en forma desaprobatoria.

—Fue sin querer, una diversión absolutamente inocente, padre.

—¿Te atreves a llamar “diversión inocente” a bañarte desnuda en el río como cualquier pilluelo?

—Hace mucho calor y tampoco estaba desnuda: tenía puesta la camisa y los calzones; además, no sé por qué te enfadas si fuiste tú quien me enseñó a nadar. No esperarías que, teniendo el río, me contentaría con chapotear en una ridícula bañera, ¿no?

Morgan crispó los puños y se obligó a mantener la calma. No se le escapaba que había parte de razón en las palabras de su hija, y mucha culpa de la incalificable conducta de la joven podía muy bien achacársela a sí mismo.

Cuando ya no confiaba en tener más descendencia, tras una década desde el nacimiento de los gemelos, habían concebido a Olivia. Desde el momento en que llegó al mundo se convirtió en la niña de sus ojos. A partir de ahí, le habían consentido lo indecible. Ahora, a sus diecisiete años, después de haber hecho su voluntad desde antes de que pudiera enunciarla, no era de extrañar que resultara del todo imposible encauzarla.

—No voy a tolerar ni un minuto más ese deplorable comportamiento. Ya no eres una niña. Ya va siendo hora de que empieces a conducirme como una dama.

—No iré a ese estúpido colegio inglés —respondió Olivia con tono belicoso—. Tendría que dejar aquí a *Lucifer*, y seguro que no me permiten hacer nada de lo que me gusta. ¡Me aburriré como una ostra!

—Precisamente, de eso se trata. Nada de cabalgar a pelo, nada de nadar, nada de cazar. Se va a acabar eso de conducirme como un muchacho zarrapastoso. En Saint Mary vas a aprender a ser una verdadera señorita. Por otro lado, no queda lejos de Lansfield Manor y, si te comportas, podrás pasar los días de fiesta con nosotros.

—¿No podrías reconsiderarlo?

—Está decidido. Noel es perfectamente capaz de bregar con la plantación en mi ausencia, así que, dentro de dos semanas, nos embarcaremos para Inglaterra. No quiero oír una palabra más sobre el tema.

Olivia frunció los labios en actitud voluntariosa y recogió con furia la falda antes de salir como una exhalación de la biblioteca. Después, subió los escalones de tres en tres y entró al cuarto de su madre sin molestarse en llamar.

—Mamá, tienes que impedírselo.

Miranda estaba supervisando el ingente contenido del vestidor. Se volvió con lentitud al escuchar a su hija.

—Si te refieres a nuestro próximo viaje a Inglaterra, no pienso hacer tal cosa. Tu padre y yo estamos de acuerdo en que es lo mejor para ti.

—¡Qué un par de tiranos!

—¡Nena! Solo será por un año. Necesitas mano dura y una buena dosis de pulido si pretendes conseguir un marido algún día. No me cabe duda de que tu paso por Saint Mary ejercerá una influencia muy beneficiosa en todos los aspectos.

—No pienso casarme jamás. Los hombres son idiotas.

—Cambiarás de opinión cuando conozcas a la persona adecuada, cariño. Aunque reconozco que tienes un poco de razón al llamarlos idiotas. No todos lo son, pero la mayoría hace lo imposible por parecerlo.

—Bueno —aparentó reconsiderar la joven—, papá no es tan estúpido la mayor parte del tiempo.

Miranda contempló el enfurruñado rostro de su hija y tuvo que morderse la lengua. Por nada del mundo podía confesarle al difícil retoño lo cretino que había sido Morgan en los primeros tiempos de su turbulenta relación.

—Precisamente porque tu padre es bastante inteligente para ser hombre, estoy de acuerdo con él en que curses un año en Saint Mary. Tenemos las mejores referencias de ese colegio y, además, viviremos muy cerca. Te advierto que tu abuela también está conforme, no creas que conseguirás engatusarla esta vez. Si te sirve de consuelo, piensa que hacemos esto porque te queremos muchísimo, cariño.

—Preferiría que me quisieseis menos y poder quedarme en casa —bufó Olivia.

—¡Anímate! Seguro que encontrarás muchas cosas divertidas que hacer en Inglaterra. Ahora será mejor que me ayudes con los vestidos y veamos lo que hay que empacar. Si falta algo, ya lo compraremos en Richmond.

Olivia sabía cuando llevaba las de perder, así que no añadió una palabra más, pero se prometió a sí misma que volvería mucho antes de que transcurriese el año. Pensaba hacer la vida tan imposible a las remilgadas señoritas inglesas que no tendrían más remedio que expulsarla del colegio. Y si se esforzaba en las barrabasadas, con suerte incluso la podrían deportar del país.

Con ese agradable pensamiento que le rondaba bajo los húmedos rizos negros, la traviesa muchacha se dispuso a obedecer a su madre.

Dos semanas más tarde el *Orchid* atravesaba la bahía de Chesapeake rumbo a mar abierto. Quedaba un largo mes por delante, si todo iba bien, para que los Hamilton y su voluntariosa hija avistasen las costas de Inglaterra.

CAPÍTULO I

Lansfield Manor, Kent, agosto de 1826.

— **P**OR FIN HEMOS LLEGADO. SI LA TRAVESÍA LLEGA A DURAR UN día más, el capitán Taylor se tira de cabeza por el puente —suspiró Morgan.

—Por no hablar del pobre cocinero —terció Miranda.

—En algo me tenía que entretener —se defendió Olivia con los brazos en jarra, mientras enfrentaba con un mohín las agotadas caras de sus progenitores.

—Podías haberte limitado a dar paseos con las Hollister.

—¡Ese par de remilgadas! —bufó la muchacha—. Si no hacían más que presumir con la próxima temporada en Londres, con que si sus vestidos eran así y los sombreros, asá. —Olivia imitaba a la perfección los afectados gestos de las jovencitas Hollister mientras hablaba. Miranda tuvo que volver la cara para que no le viera la sonrisa—. Menos mal que la mitad del tiempo se encerraban en su camarote mareadas como patos —concluyó la joven—. Si todas las chicas inglesas son tan insulsas como ese par, me moriré de tedio. Reconoce que hasta tú te hubieras aburrido.

Miranda, en su fuero interno, lo reconocía.

Verse confinada en un buque durante cinco interminables semanas había sido demasiado para el espíritu de Olivia. Dada su vitalidad, se procuró toda clase de nuevas experiencias para pasar el

aburrido trance, entre las cuales se contabilizaban el haber experimentado —esa palabra había usado— con las recetas de salsas del cocinero y haberse iniciado como capitana honoraria del *Orchid*. No era de extrañar que toda la tripulación hubiese dado gracias cuando la intrépida joven abandonó, por fin, el paquebote.

—A pesar de todo, hemos llegado sanos y salvos —se atajó Morgan—. Mañana mismo me entrevistaré con miss Russell. Confío que podrás instalarte en Saint Mary a mediados de mes.

—Podíamos haber parado un par de días en Londres; solo he podido ver los muelles.

—Ya habrá tiempo de sobra para que conozcas la ciudad más adelante. Ten en cuenta que es necesario organizar la casa. Lansfield Manor lleva cerrada bastante tiempo.

—¿Puedo ir un momento a ver las cuadras, papá?

—No te molestes; en los establos deben quedar solo dos viejas yeguas. Veré de acercarme al pueblo y conseguir un caballo decente en cuanto estemos medianamente instalados.

—¿Y qué voy a hacer todo el santo día hasta que vaya al colegio?

—Lo que hace cualquier señorita de tu edad. No te vendrá mal practicar con el piano y con los pinceles aunque más no sea media hora —terció Miranda—. Además, a partir de ahora, hablaremos en francés, lo tienes algo descuidado.

—¡Bah! Mi francés es per-fec-to —recalcó cada sílaba—. Y gracias a Colette he ido aprendido un montón de palabras nuevas, claro que tú no las calificarías precisamente como de buen tono.

Colette, una dicharachera esclava procedente de Luisiana, había cuidado a Olivia desde su nacimiento. Por cierto, junto con el inglés materno le había ido enseñando todos los giros del idioma galo, incluidos aquellos que se solo se pronunciaban en los barrios más sórdidos de Nueva Orleans.

Morgan ahogó una maldición. Ya era malo que su única hija manejara sin empacho las peores palabrotas en inglés para, encima, enterarse de que podía hablar igual que cualquier estibador de muelle en forma bilingüe.

—Tenía que haberle cortado la lengua a esa bribona hace años —masculló.

—Siempre dijiste que me convenía aprender de todo, papá.

—Lástima que no te aplicases del mismo modo para la costura y el dibujo —contraatacó Morgan—. Menos mal que en Saint Mary vas a tomar clases intensivas de todo eso. Miss Russell tuvo la amabilidad de enviarme un detallado informe de las actividades que imparten en el colegio, y me pareció un magnífico programa. Descuida, no tendrás tiempo de aburrirte.

—¿Y qué se supone que van a enseñarme?

—Aparte de dar materias usuales como Aritmética, Geografía y Ciencias, se especializan en caligrafía y redacción, francés, latín. Por supuesto, también verás dibujo, música y danza. Además, ponen una atención especial a las reglas de urbanidad y modales. —Morgan sonrió sin proponérselo al ver la mueca de su hija al oír la palabra “modales”. No todo será trabajo —se apresuró a señalar—. En los ratos de asueto, podrás salir a pasear y explorar los alrededores. Tengo entendido que el colegio dispone de una pequeña cuadra con excelentes caballos procedentes de las caballerizas del duque de Ashford.

—Siempre tuvieron una magnífica yeguada en Ashby Hall —añadió Miranda.

La joven compuso un despectivo mohín ante semejante alabanza, aunque los ojos brillantes delataron su entusiasmo, ya que, si bien contaba con múltiples y variadas aficiones, la equitación se llevaba la palma.

—Me encantaría ver de qué están hechos esos cacareados jarmelgos ingleses.

—Quizá tengas pronto la oportunidad. Mañana mismo, enviaré una nota a la duquesa. Aunque hace siglos que no nos vemos, estoy segura de que le alegrará muchísimo tenernos de nuevo como vecinos. Según su última carta, se quejaba de las largas temporadas que pasa su hijo en Londres y de lo sola que se siente —dijo Miranda.

La mujer estuvo en lo cierto: la respuesta de Ashby Hall no se hizo esperar. La duquesa en persona se presentó en Lansfield Ma-

nor al día siguiente. Como no podía ser de otra forma, el encuentro entre las dos damas fue muy emotivo.

—¡Miranda, querida Miranda: estás maravillosa!

—Y tú sigues siendo la duquesa más seductora de Inglaterra.

—¡Bah! Ya soy casi una vieja. Cada vez me aburren más los compromisos del rango. Sabes lo poco que me gusta Londres —dijo Arabella que podía estar hablando horas y horas, saltando de un tema a otro sin ningún problema—. Ni te imaginas cuánto deseaba que Alexander se decidiese a elegir esposa de una vez, pero, cada vez que le hablo de su deber, se sale por la tangente. Menos mal que Vivian y las mellizas hicieron lo que debían: ahora mis nietos me compensan con creces. Aunque, la verdad es que no los veo tanto como me gustaría. Scott acabará pronto los estudios en Eton, y las niñas están preciosas.

—Es natural; no sabes lo que daría yo porque alguno de los gemelos se decidiese a pasar por la vicaría. Estoy deseando tener nietos.

Arabella estaba encantada ante la perspectiva de que su amiga planease quedarse todo un año en Kent. Ahora que las hijas de la duquesa se habían instalado en otros condados y que Alexander, el actual duque de Ashford, estaba inmerso en los negocios en la ciudad, junto con los deberes parlamentarios, la enorme mansión de Ashby Hall se le caía encima.

—¿Y dónde está el bueno de Morgan? ¿Y tu hija? Quiero conocerla.

—Han ido a dar un paseo hasta el pueblo para ver algunos caballos. Puedo asegurarte que, con su modo de ser, Olivia apurará la salida todo lo que pueda. No sabe estarse quieta.

—Ya será toda una mujercita. Supongo que será presentada en sociedad el año próximo.

—Sería una pérdida de tiempo. Ni en sueños podría imaginar a mi rebelde hija guardando debidamente las reglas en uno de los bailes de miércoles en Almack's. Me conformo con desbistarla un poco antes de volver a Virginia.

—Saint Mary es excelente para eso y no lo digo porque yo misma haya formado parte de la institución.

La duquesa no exageraba. En realidad la escuela se orientaba a conseguir pulir a sus alumnas antes de que salieran al brillante y complejo mundo en que se movía la aristocracia. Por eso, únicamente admitía a chicas entre los dieciséis y los dieciocho años que ya contasen con un buen bagaje educativo.

—Sé que tu hijo hizo una excelente labor al ceder Stone Abbey, pero tampoco se me escapa que fuiste tú la instigadora de la idea.

—¡Bah! Ese viejo caserón se caía a pedazos. Me pareció una buena solución arreglarlo un poco y fundar una escuela de señoritas. Es cierto que mi hijo donó los fondos necesarios, pero la fama de que disfruta ahora se debe enteramente a la capacidad de miss Russell. Varias de sus antiguas alumnas han conseguido excelentes matrimonios muy por encima de las expectativas iniciales. Gracias a ello, la escuela ha adquirido renombre y, actualmente, incluso genera buenos beneficios, porque llueven peticiones de muchas familias de la *gentry* para ingresar a sus hijas. Con el dinero de los más acaudalados, podemos brindar una educación formal a otras chicas menos favorecidas. Para mí constituye un verdadero consuelo ocuparme de conceder todas las oportunidades posibles.

Arabella no siempre había tenido una existencia regalada. Años atrás se había visto inmersa en una trama que casi la destruyó. Dada por muerta durante años, tuvo que sobrevivir oficiando de institutriz en un pueblecito francés. Sin embargo, nunca hablaba de esa oscura etapa de su vida.

Las dos damas siguieron departiendo agradablemente mientras tomaban el té hasta que se oyeron unos rápidos pasos en el vestíbulo. Casi sin transición, se abrió la puerta del saloncito. Olivia, con el traje de paseo mojado y salpicado de barro, el sombrero de paja torcido en un ángulo inverosímil y las mejillas arrojadas, apareció en el umbral.

—Mamá, no es justo. Cuando mejor lo estábamos pasando va y empieza a llover. ¡Oh, perdón! —La sofocada joven se detuvo de golpe aún aferrada a la puerta—. No sabía que tenías visita.

—Arabella, esta es mi hija Olivia. Pasa, cariño, quiero que conozcas a la duquesa de Ashford.

—Señora, mucho gusto. —La joven ejecutó una desmañada reverencia. Luego, se volvió hacia su madre con un gesto de extrañeza—. No me habías dicho que era tan guapa, pensé que las duquesas eran todas unas viejas cacatúas.

Arabella soltó una cristalina carcajada, mientras Miranda hacía lo posible por contenerse.

—¿Comprendes porque nunca encajaría en Almack's?

—A las patrocinadoras les daría un ataque. Daría algo por presenciarlo —dijo Arabella que estaba muerta de risa.

Olivia puso los brazos en jarra, mientras fruncía el ceño. Odiaba sobre todas las cosas que se burlasen de ella. Miranda se apresuró a atajar el incipiente enfado, antes de que la joven añadiese alguna inconveniencia más.

—Nena, tienes el traje húmedo, será mejor que subas a cambiarte. No vaya a ser que te resfríes. Ya que vas, dile a tu padre que venga a saludar a la duquesa.

Por fortuna, Olivia no se hizo repetir la orden aunque la jamba de la puerta tembló perceptiblemente cuando abandonó el saloncito.

—Ya ves cómo están las cosas. —Miranda movió con pesar la cabeza—. Te confieso que no sé qué vamos a hacer con ella.

—No creo que sea tan grave, querida. Entiendo que sus defectos son básicamente de forma y no provienen de un mal carácter.

—No, para nada: mi hija tiene un corazón de oro y no creo pecar de vanidad materna si afirmo que no son precisamente buenas cualidades lo que le faltan. Sin embargo, tiene un comportamiento desastroso que no se debe a mala fe, sino a todo lo contrario. La pierde su impulsividad. Es capaz de decir o hacer lo primero que se le pasa por la cabeza sin medir las consecuencias.

—No resulta fácil educar a una hija.

—Morgan nunca quiso hacer distinciones en ese tema. De hecho inculcó a Olivia, desde muy pequeña, los mismos valores que a los gemelos. No creas que se lo reprocho, al contrario. Solo que mientras fue una niña no parecía tan importante que quisiera emular a sus hermanos en todo, sin que importara lo difícil o arries-

gado que fuese. Así que aprendió a nadar como un pez, a cabalgar de cualquier manera posible y a disparar con toda clase de armas. Incluso tuvo la desfachatez de pedirle a los muchachos que le enseñasen a boxear. ¿Lo puedes creer? Siempre estaba superando retos. Por supuesto, las plácidas actividades propias de una jovencita la aburren sobremanera. Ahí tengo que reconocer mi culpa porque tampoco la forcé demasiado a aplicarse a ellas. Cuando quisimos darnos cuenta, ya era casi una mujer. Mucho me temo que mi negligencia le pase factura a la hora de relacionarse, en igualdad de condiciones, con las jóvenes de su edad.

—Yo no me preocuparía tanto, querida: para eso está Saint Mary.

* * *

El colegio para señoritas de Saint Mary ocupaba los terrenos de una antigua abadía en ruinas, cerca de la que se levantaba una gran estructura de piedra dorada estilo Tudor. Se trataba de una sólida planta rectangular rematada con una torre en cada esquina. El viejo foso reconvertido en estanque circundaba la mansión a la que se accedía por un puente lo bastante ancho como para que pudiesen transitar los carruajes.

El edificio y el terreno colindante donde estaban las ruinas de la abadía era una de las posesiones del duque de Ashford. Su Gracia, un convencido mecenas de la educación formal femenina, cedía la propiedad a la escuela a cambio de una ínfima cantidad anual, puramente simbólica.

Miss Russell, la directora, los hizo pasar a un saloncito. Era una mujer de mediana edad con rostro grave. El sobrio conjunto gris de chaqueta y falda que vestía, unido al apretado moño con el que se había recogido el fino cabello castaño salpicado de canas contribuía sobremanera a dar la impresión de encontrarse con el paradigma de la eficiencia. Sin embargo, bajo la irreprochable fachada, sus inteligentes ojos chispeaban tras las gafas de montura redonda. En aquel momento, Olivia no podía saber que a la señori-

ta Russell le encantaban los desafíos y que había calado a la rebelde muchacha en cuanto la vio que entraba con la cabeza altiva y un rictus desafiante en el apretado frunce de la boca.

—Es un placer conocerte Olivia, confío en que te resultará interesante y productivo pasar una temporada en Saint Mary.

A la joven se le había pasado por la cabeza provocarla a la primera de cambio, pero la sonrisa franca de la directora la hizo titubear. Ya tendría tiempo de hacer de las suyas; ocasiones no iban a faltar, así que no había nada de malo en comportarse en forma educada por el momento.

—Gracias, miss Russell.

—Compartirás dormitorio con una joven casi recién llegada también. Estoy segura de que congeniarás con ella enseguida. Dentro de cinco minutos, miss Moore, una de nuestras profesoras, vendrá para conducirte a tu cuarto. Allí encontrarás un folleto con las normas y los horarios; te aconsejo que lo leas con detenimiento y te familiarices con su contenido. Todas tus cosas ya están arriba. Ahora te dejaré un momento con tus padres para que puedas despedirte.

La directora hizo una pequeña inclinación en dirección a los progenitores de la nueva alumna. Luego, abandonó el saloncito sin añadir nada más.

—Bueno, ¿no ha sido tan terrible, no? —dijo Morgan—. Miss Russell parece muy competente sin dejar de resultar humana: me gusta.

Olivia no pensaba darle la razón, aunque a ella también le había gustado. Todavía estaba algo resentida con su padre por enviarla al destierro.

—Vas a estar de maravilla aquí nena y, pronto, tendrás amigas —añadió Miranda—. Te vendrá bien relacionarte con chicas de tu edad.

—Sí, seguro, se ve de maravilla. Sin embargo, echo de menos a la abuela y a *Lucifer*.

—Grace te escribirá todas las semanas. En cuanto a tu caballo, ya lo hemos hablado. Noel prometió que lo sacaría a diario.

—Bueno, está bien. Ya veremos si algún rocín de los que tengan aquí merece la pena, pero apuesto a que ninguno le llega a *Lucifer* ni a la altura de los cascos.

Una discreta llamada interrumpió la pobre opinión de Olivia sobre los caballos ingleses. La puerta se abrió. La directora irrumpió en la salita seguida de una mujer rolliza de aspecto bonachón. Presentó a la recién llegada como profesora de costura. Luego, se dirigió a la joven.

—Si ya estás lista, miss Moore te acompañará a tu habitación, Olivia. Bienvenida a Saint Mary.

—Adiós cariño, vendremos a buscarte el sábado; hasta entonces ¡pórtate bien!

Olivia siguió a la oronda profesora de costura a través de las escaleras y el amplio corredor hasta llegar a una reducida pieza en la torre de poniente que sería su dormitorio durante el curso lectivo.

En la pequeña habitación, una chica de su edad estaba sentada frente a un escritorio junto a la ventana. Interrumpió lo que hacía y se puso en pie cuando las oyó entrar. Olivia se dedicó a estudiar abiertamente a su compañera de cuarto mientras miss Moore hacía una somera presentación. Una vez cumplido el cometido, la profesora se retiró para dejarlas solas.

Fiona McGregor le sacaba por lo menos una cabeza y media de estatura; tenía una recia constitución no exenta de gracia. La elevada figura se coronaba con un amasijo de indómitos bucles del color del cobre bruñido que enmarcaban una blanquísima tez salpicada de tenues pecas. Aun con todas esas peculiaridades, lo que más llamaba la atención en ella eran los ojos de un verde tan pálido que parecían transparentes.

Olivia pensó que tenía un aire a la reproducción de una deidad vikinga que había visto mientras curioseaba en la biblioteca paterna. Solo que en el dibujo, la valquiria tenía una mirada feroz; por el contrario, los glaucos ojos de su compañera no reflejaban belicosidad ni antagonismo, en ellos solo se veía una gran vulnerabilidad con cierto toque de desdicha, atributos ambos muy ajenos al carácter de Olivia. Ella no recordaba haberse sentido verdaderamente triste en toda su vida. Claro que esa congoja que había creído

ver en aquella nítida mirada podría ser otra cosa: una jaqueca, por ejemplo o un dolor de muelas. Cualquiera sabía por qué parecían tan melancólicas aquellas inglesas: por el asqueroso clima. Desde que había puesto los pies en aquel país, no había dejado de llover ni un solo día, y ni siquiera había empezado el otoño.

Alzó los hombros con despreocupación. Concluyó que no era asunto suyo si su compañera de cuarto tenía los ojos acuosos. De ese modo, no desentonaba con la humedad reinante.

—Te he reservado la mitad derecha del armario para tus cosas —dijo Fiona e interrumpió el proceso mental de la recién llegada—. Si quieres te ayudaré a guardar el equipaje; debemos apresurarnos porque se acerca la hora de la cena.

—Gracias. —Olivia forcejeaba con el cierre de su baúl—. ¿Todas las chicas inglesas hablan como tú? Me encanta cómo sueñan tus erres.

—Tu acento es más extraño que el mío; además, no soy inglesa: soy escocesa.

—Ya me parecía a mí. ¿Y no es lo mismo ser inglesa que escocesa?

—No, para nada. —Fiona la miraba como si hubiese dicho una blasfemia—. Por supuesto que no es lo mismo.

—Ya me explicarás un día de estos en qué consiste la diferencia, ahora tengo que concentrarme en abrir este maldito baúl.

—Permíteme. —Fiona manipuló el cierre con habilidad, y la tapa cedió al instante.

—Gracias, no tengo mucha paciencia; además nunca había lidiado con un trasto de estos. Normalmente lo hace Colette.

—¿Quién es Colette?

—Mi niñera. Se da mucha maña con las cerraduras; me enseñó a abrir toda clase de puertas, pero jamás se me ocurrió probar con baúles.

Fiona pensó que le había tocado en suerte compartir cuarto con una lunática. Eso o, simplemente, se estaba burlando de ella. Al fin y al cabo, desde que había llegado a Saint Mary, algunas chicas no habían hecho otra cosa. Cuando no se metían con su conside-

rable altura, era con el pelo rojizo y, si con eso no bastaba, se reían hasta de sus pecas.

Sin embargo la nueva compañera, aunque chiflada, parecía simpática. Tenía un aspecto decididamente travieso y utilizaba un vocabulario muy peculiar. Sin embargo, en esa franca mirada no había malicia ni condescendencia. Quizá sí estaba loca de atar, después de todo.

Ajena a lo que la escocesa pensaba de su cordura, Olivia sacó una gran brazada de ropa y la depositó con descuido sobre el estrecho catre, repitió la operación tres veces hasta que el baúl quedó vacío y la cama totalmente enterrada bajo un revoltijo de prendas.

Era imposible que todo aquello cupiese en su media parte de armario, pensó Fiona. A juzgar por el informe montón, allí había por los menos una docena de vestidos. La chica debía de haberse traído un vestuario completo. ¡Y qué vestuario!

Todo era de primera calidad, desde las preciosas telas a la cuidada confección. Contempló con horror como Olivia empezaba a embutir las magníficas prendas en el armario sin ningún cuidado.

—¡No hagas eso! Se arrugará todo.

—Va a pasar de todas formas, no hay suficientes perchas en ese mamarracho de armario.

—Tienes que ir seleccionando, ¿ves?

Fiona unió la acción a la palabra. Comenzó a colgar con destreza las prendas voluminosas. A continuación, ordenó los vestidos más livianos y dobló la ropa interior con pulcritud para que se ajustase a los estantes.

—Esas dos capas ya no caben. Las pondremos en mi parte de armario; yo tengo sitio de sobra.

—No sé cómo darte las gracias —dijo Olivia sinceramente admirada—. A mí me hubiese llevado una eternidad colocarlo todo tan bien.

—Tienes un vestuario maravilloso, nunca había visto nada tan bonito. ¿Te confeccionan la ropa en Londres?

—¿En Londres? ¡Claro que no! Betsy, la doncella de mi madre, se encarga de eso, aunque ya es muy mayor y apenas cose. Sin embargo, sigue haciendo todos los diseños.

—Penelope y Laetitia se van a morir de envidia.

—¿Son amigas tuyas? —inquirió Olivia.

Los ojos transparentes de Fiona se nublaron de improviso. El aire de congoja volvió a asomar en sus ojos en una forma más acentuada incluso que antes.

—No, la verdad es que no. —La respuesta sonó dura y cortante—. Ahora será mejor que leas las normas. Miss Russell es muy estricta con esas cosas; además, se hace tarde, y ni siquiera te has cambiado para la cena.

Olivia suspiró mientras alcanzaba con despreocupación el folleto depositado en la mesilla de noche. Echó un somero vistazo a la larga lista de preceptos impresa en una elegante letra cursiva. Frunció los labios al ver que casi todos empezaban con la palabra “no”.

—Esto parece un rosario de prohibiciones. Siempre supe que sería peor que una cárcel —masculló para sí.

Sin embargo, la joven escocesa la escuchó perfectamente. Una mueca de conmiseración se dibujó en esa boca grande y generosa.

—No es tan malo. Aunque yo, desde luego, preferiría seguir en Escocia.

—¿También te han mandado aquí para apretarte las tuercas?

—¿Apretar las tuercas?

Fiona no parecía comprender el sentido de la frase. Olivia meneó la cabeza pensando que quizás debería olvidarse por un tiempo de la jerga que Colette dominaba tan bien.

—Quiero decir si estás aquí para meterte en cintura, como castigo por portarte mal.

—¡Claro que no! Nunca me porto mal, bueno, casi nunca —rectificó—. Soy huérfana y el tío Kenneth habló con el duque para que me consiguiese una plaza aquí.

—¡Ah! Lo siento, siento lo de tus padres, quiero decir.

—Gracias. Ahora será mejor que te cambies. La campana nos avisará que es hora de la cena de un momento a otro.

CAPÍTULO 2

AQUELLA PRIMERA NOCHE EN SAINT MARY, OLIVIA CONOCIÓ superficialmente a las que serían sus condiscípulas justo antes de la cena. Fue consciente de que un par de ellas torcían el gesto cuando miss Russell, desde la cabecera de la larga mesa, hizo una ligera presentación de la nueva alumna y aludió de pasada al origen americano de la muchacha.

Casi todas alargaron el cuello para echar un vistazo. Una chica en especial le dirigió varias muecas despectivas cuando la directora no la miraba. Sin embargo, Olivia se limitó a devolverle el gesto con ferocidad y siguió dando buena cuenta del pastel de carne. Ninguna de aquellas estiradas le iba a quitar el apetito por más miradas retadoras que le lanzasen.

Una vez terminada la cena, las alumnas abandonaron en orden el refectorio y se encaminaron a la sala de música. Al parecer, casi todas las tardes, tras la cena, tenía lugar un pequeño concierto donde las muchachas, bajo el auspicio de miss Hunter, la profesora de solfeo, iban mostrando los progresos que hacían en el arte musical. Cuando todas ocuparon los asientos, la profesora subió al pequeño estrado y anunció el nombre de las alumnas que deberían interpretar las piezas elegidas para la velada.

Una joven muy peripuesta recogió con donaire la falda de su vestido color púrpura y avanzó hacia el pequeño estrado con aire afectado. Olivia no se sorprendió al ver que la tal Penelope era una de las chicas que le había lanzado malévolas miradas durante la